UNE ✦ SACRA

Mormones

Mormón

✦ ✦ ✦

Joseph Smith (publicación, 1830)

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Joseph Smith (publicación, 1830)
Fecha	1830
Idioma original	Inglés
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir del texto inglés de 1830
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

El propio Mormón, profeta y general, cuenta las últimas guerras y la destrucción de los nefitas en el cerro Cumorah. Su hijo Moroni completa el libro y esconde las planchas.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/17

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

CAPÍTULO 1

✦

1 Y ahora yo, Mormón, hago un registro de las cosas que he visto y oído, y lo llamo el Libro de Mormón.

2 Y por el tiempo en que Ammarón escondió los registros para el Señor, vino a mí (yo tenía unos diez años de edad y había comenzado a adquirir algunos conocimientos según la enseñanza de mi pueblo), y Ammarón me dijo: Percibo que eres un niño sensato y que observas con atención;

3 Por tanto, cuando tengas unos veinticuatro años, quisiera que recordaras las cosas que has observado acerca de este pueblo; y cuando tengas esa edad, ve a la tierra de Antum, a una colina que se llamará Shim; y allí he depositado para el Señor todas las inscripciones sagradas acerca de este pueblo.

4 Y he aquí, tomarás para ti las planchas de Nefi, y dejarás las demás en el lugar donde están; y grabarás en las planchas de Nefi todas las cosas que hayas observado acerca de este pueblo.

5 Y yo, Mormón, siendo descendiente de Nefi (y mi padre se llamaba Mormón), recordé las cosas que Ammarón me mandó.

6 Y sucedió que, teniendo yo once años, mi padre me llevó a la tierra del sur, hasta la tierra de Zarahemla.

7 Toda la superficie de la tierra se había cubierto de edificios, y el pueblo era casi tan numeroso como la arena del mar.

8 Y sucedió que en ese año comenzó una guerra entre los nefitas, que estaban compuestos por los nefitas, los jacobitas, los josefitas y los zoramitas; y esta guerra fue entre los nefitas y los lamanitas, los lemuelitas y los ismaelitas.

9 Ahora bien, los lamanitas, los lemuelitas y los ismaelitas eran llamados lamanitas, y los dos bandos eran nefitas y lamanitas.

10 Y sucedió que la guerra entre ellos empezó en las fronteras de Zarahemla, junto a las aguas de Sidón.

11 Y sucedió que los nefitas habían reunido un gran número de hombres, que superaba los treinta mil. Y sucedió que en ese mismo año libraron varias batallas, en las cuales los nefitas derrotaron a los lamanitas y mataron a muchos de ellos.

12 Y sucedió que los lamanitas abandonaron su propósito, y se estableció la paz en la tierra; y la paz permaneció por unos cuatro años, sin que hubiera derramamiento de sangre.

13 Pero la maldad prevalecía por toda la superficie de la tierra, tanto que el Señor se llevó a sus amados discípulos, y cesaron las obras de milagros y de sanación por causa de la iniquidad del pueblo.

14 Y no había dones del Señor, y el Espíritu Santo no descendía sobre nadie, por causa de su maldad e incredulidad.

15 Y yo, teniendo quince años de edad y siendo de ánimo algo sensato, fui visitado por el Señor, y probé y conocí la bondad de Jesús.

16 Y procuré predicar a este pueblo, pero mi boca fue cerrada y se me prohibió predicarles; porque he aquí, se habían rebelado deliberadamente contra su Dios; y los amados discípulos fueron retirados de la tierra por causa de la iniquidad del pueblo.

17 Pero permanecí entre ellos, aunque se me prohibió predicarles por la dureza de sus corazones; y por la dureza de sus corazones la tierra fue maldecida por causa de ellos.

18 Y estos ladrones de Gadiantón, que estaban entre los lamanitas, infestaban la tierra, tanto que sus habitantes empezaron a esconder sus tesoros en la tierra; y estos se volvieron escurridizos, porque el Señor había maldecido la tierra, de modo que no podían conservarlos ni recuperarlos.

19 Y sucedió que había hechicerías, brujerías y magias; y el poder del maligno obraba por toda la superficie de la tierra, hasta cumplirse todas las palabras de Abinadí y también las de Samuel el Lamanita.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 2

✦

1 Y sucedió que en ese mismo año comenzó de nuevo una guerra entre los nefitas y los lamanitas. Y aunque yo era joven, era de gran estatura; por tanto, el pueblo de Nefi me nombró su jefe, o sea, el jefe de sus ejércitos.

2 Por tanto, sucedió que, a los quince años de edad, salí al frente de un ejército de los nefitas contra los lamanitas; por tanto, habían pasado trescientos veintiséis años.

3 Y sucedió que en el año trescientos veintisiete los lamanitas vinieron contra nosotros con una fuerza sumamente grande, tanto que atemorizaron a mis ejércitos; por tanto, estos no quisieron combatir y comenzaron a retirarse hacia las regiones del norte.

4 Y sucedió que llegamos a la ciudad de Angola, tomamos posesión de ella e hicimos preparativos para defendernos de los lamanitas. Y sucedió que fortificamos la ciudad con todas nuestras fuerzas; pero, a pesar de todas nuestras fortificaciones, los lamanitas vinieron contra nosotros y nos expulsaron de la ciudad.

5 Y también nos expulsaron de la tierra de David.

6 Y marchamos y llegamos a la tierra de Josué, que estaba en las fronteras del oeste, junto a la orilla del mar.

7 Y sucedió que reunimos a nuestra gente tan pronto como fue posible, para que pudiéramos juntarla en un solo grupo.

8 Pero he aquí, la tierra estaba llena de ladrones y de lamanitas; y a pesar de la gran destrucción que se cernía sobre mi pueblo, no se arrepentían de sus malas acciones; por tanto, la sangre y la matanza se extendían por toda la superficie de la tierra, tanto por parte de los nefitas como de los lamanitas; y había una revolución total por toda la superficie de la tierra.

9 Ahora bien, los lamanitas tenían un rey, y se llamaba Aarón; y vino contra nosotros con un ejército de cuarenta y cuatro mil. Y he aquí, le hice frente con cuarenta y dos mil. Y sucedió que lo derroté con mi ejército, de modo que huyó ante mí. Y he aquí, todo esto ocurrió, y habían pasado trescientos treinta años.

10 Y sucedió que los nefitas comenzaron a arrepentirse de su iniquidad y comenzaron a clamar, tal como lo había profetizado Samuel el profeta; porque he aquí, nadie podía conservar lo que le pertenecía, por causa de los ladrones, los salteadores, los asesinos, el arte de la magia y la brujería que había en la tierra.

11 Así empezó a haber duelo y lamentación en toda la tierra por estas cosas, y más especialmente entre el pueblo de Nefi.

12 Y sucedió que cuando yo, Mormón, vi su lamentación, su duelo y su dolor ante el Señor, mi corazón empezó a regocijarse dentro de mí, pues conocía las misericordias y la paciencia del Señor; por tanto, suponía que tendría misericordia de ellos para que volvieran a ser un pueblo justo.

13 Pero he aquí, esta alegría mía fue vana, porque su dolor no los llevaba al arrepentimiento por la bondad de Dios; más bien era el dolor de los condenados, porque el Señor no les permitiría siempre hallar felicidad en el pecado.

14 Y no acudían a Jesús con corazones quebrantados y espíritus contritos, sino que maldecían a Dios y deseaban morir. No obstante, luchaban con la espada por sus vidas.

15 Y sucedió que volvió a mí el dolor, y vi que para ellos había pasado el día de la gracia, tanto en lo temporal como en lo espiritual; porque vi a miles de ellos abatidos en abierta rebelión contra su Dios y amontonados como estiércol sobre la superficie de la tierra. Y así habían pasado trescientos cuarenta y cuatro años.

16 Y sucedió que en el año trescientos cuarenta y cinco los nefitas empezaron a huir ante los lamanitas; y fueron perseguidos hasta llegar a la tierra de Jasón, antes de que fuera posible detener su retirada.

17 Ahora bien, la ciudad de Jasón estaba cerca de la tierra donde Ammarón había depositado los registros para el Señor, a fin de que no fueran destruidos. Y he aquí, yo había ido conforme a la palabra de Ammarón, había tomado las planchas de Nefi y había hecho un registro según las palabras de Ammarón.

18 Y en las planchas de Nefi hice un relato completo de toda la maldad y las abominaciones; pero en estas planchas me abstuve de hacer un relato completo de su maldad y sus abominaciones, porque he aquí, una escena continua de maldad y abominaciones ha estado ante mis ojos desde que tuve capacidad para observar la conducta del ser humano.

19 Y ¡ay de mí por su maldad!, porque mi corazón se ha llenado de dolor por su maldad todos mis días; sin embargo, sé que seré levantado en el último día.

20 Y sucedió que en ese año el pueblo de Nefi volvió a ser perseguido y expulsado. Y sucedió que fuimos expulsados hasta que llegamos hacia el norte, a la tierra que se llamaba Sem.

21 Y sucedió que fortificamos la ciudad de Sem y reunimos a nuestra gente tanto como fue posible, para que tal vez pudiéramos salvarla de la destrucción.

22 Y sucedió que en el año trescientos cuarenta y seis comenzaron a venir contra nosotros de nuevo.

23 Y sucedió que hablé a mi pueblo y lo exhorté con gran energía a que se mantuviera con valor ante los lamanitas y luchara por sus esposas, sus hijos, sus casas y sus hogares.

24 Y mis palabras les infundieron algo de vigor, tanto que no huyeron ante los lamanitas, sino que les hicieron frente con valor.

25 Y sucedió que combatimos con un ejército de treinta mil contra un ejército de cincuenta mil. Y sucedió que les hicimos frente con tal firmeza que huyeron ante nosotros.

26 Y sucedió que, cuando huyeron, los perseguimos con nuestros ejércitos, volvimos a enfrentarnos a ellos y los derrotamos; sin embargo, la fuerza del Señor no estaba con nosotros; sí, quedamos abandonados a nuestras propias fuerzas, de modo que el Espíritu del Señor no permanecía en nosotros; por tanto, nos habíamos vuelto débiles como nuestros hermanos.

27 Y mi corazón se entristeció por esta gran calamidad de mi pueblo, por causa de su maldad y sus abominaciones. Pero he aquí, avanzamos contra los lamanitas y los ladrones de Gadiantón hasta que volvimos a tomar po-

sesión de las tierras de nuestra herencia.

28 Y había pasado el año trescientos cuarenta y nueve. Y en el año trescientos cincuenta hicimos un tratado con los lamanitas y los ladrones de Gadiantón, por el cual conseguimos que se dividieran las tierras de nuestra herencia.

29 Y los lamanitas nos dieron la tierra del norte, sí, hasta el estrecho paso que conducía a la tierra del sur. Y nosotros dimos a los lamanitas toda la tierra del sur.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 3

✦

1 Y sucedió que los lamanitas no volvieron a la batalla hasta que pasaron diez años más. Y he aquí, yo había ocupado a mi pueblo, los nefitas, en preparar sus tierras y sus armas para el tiempo de la batalla.

2 Y sucedió que el Señor me dijo: Proclama a este pueblo: Arrepiéntanse, vengan a mí, sean bautizados y edifiquen de nuevo mi iglesia, y serán preservados.

3 Y proclamé esto a este pueblo, pero fue en vano; y no comprendieron que era el Señor quien los había preservado y les había dado una oportunidad de arrepentirse. Y he aquí, endurecieron sus corazones contra el Señor su Dios.

4 Y sucedió que, después de haber pasado este décimo año, sumando en total trescientos sesenta años desde la venida de Cristo, el rey de los lamanitas me envió una carta en la que me hacía saber que se preparaban para volver a la batalla contra nosotros.

5 Y sucedió que hice que mi pueblo se reuniera en la tierra de Desolación, en una ciudad que estaba en las fronteras, junto al paso estrecho que conducía a la tierra del sur.

6 Y allí colocamos nuestros ejércitos para detener a los ejércitos de los lamanitas, a fin de que no se apoderaran de ninguna de nuestras tierras; por tanto, nos fortificamos contra ellos con todas nuestras fuerzas.

7 Y sucedió que en el año trescientos sesenta y uno los lamanitas bajaron a la ciudad de Desolación para luchar contra nosotros; y sucedió que ese año los derrotamos, de modo que regresaron de nuevo a sus propias tierras.

8 Y en el año trescientos sesenta y dos volvieron a bajar a la batalla. Y los derrotamos de nuevo, matamos a un gran número de ellos y sus muertos fueron arrojados al mar.

9 Y ahora, debido a esta gran hazaña que mi pueblo, los nefitas, había realizado, empezaron a jactarse de su propia fuerza y a jurar ante los cielos que vengarían la sangre de sus hermanos que habían sido muertos por sus enemigos.

10 Y juraron por los cielos y también por el trono de Dios que subirían a luchar contra sus enemigos y los borrarían de la faz de la tierra.

11 Y sucedió que yo, Mormón, me negué por completo, desde ese momento en adelante, a ser comandante y líder de este pueblo, debido a su maldad y abominación.

12 He aquí, yo los había guiado; a pesar de su maldad, los había guiado muchas veces a la batalla y los había amado con todo mi corazón, conforme al amor de Dios que había en mí; y mi alma se había derramado en oración a mi Dios por ellos durante todo el día; no obstante, fue sin fe, debido a la dureza de sus corazones.

13 Y tres veces los he librado de las manos de sus enemigos, y no se han arrepentido de sus pecados.

14 Y cuando habían jurado por todo aquello que nuestro Señor y Salvador Jesucristo les había prohibido, que subirían a luchar contra sus enemigos y vengarían la sangre de sus hermanos, he aquí, la voz del Señor vino a mí, diciendo:

15 Mía es la venganza, y yo daré el pago; y porque este pueblo no se arrepintió después de que lo hube librado, he aquí, será borrado de la faz de la tierra.

16 Y sucedió que me negué por completo a subir contra mis enemigos; e hice tal como el Señor me había mandado; y permanecí como testigo sin intervenir, para manifestar al mundo las cosas que vi y oí, conforme a las manifestaciones del Espíritu, que había testificado de las cosas que habían de venir.

17 Por tanto, les escribo a ustedes, gentiles, y también a ustedes, casa de Israel, cuando comience la obra, cuando estén a punto de prepararse para volver a la tierra de su herencia;

18 Sí, he aquí, escribo a todos los confines de la tierra; sí, a ustedes, las doce tribus de Israel, que serán juzgadas según sus obras por los doce que Jesús escogió para ser sus discípulos en la tierra de Jerusalén.

19 Y también escribo al resto de este pueblo, que también será juzgado por los doce que Jesús escogió en esta tierra; y estos serán juzgados por los otros doce que Jesús escogió en la tierra de Jerusalén.

20 Y estas cosas me las manifiesta el Espíritu; por tanto, les escribo a todos ustedes. Y por esta causa les escribo: para que sepan que todos deben comparecer ante el tribunal de Cristo, sí, toda alma que pertenece a la familia

humana entera de Adán; y deben comparecer para ser juzgados por sus obras, sean buenas o malas;

21 Y también para que crean en el evangelio de Jesucristo, que tendrán entre ustedes; y también para que los judíos, el pueblo del convenio del Señor, tengan otro testigo además de aquel a quien vieron y oyeron, de que Jesús, a quien mataron, era el verdadero Cristo y el verdadero Dios.

22 Y quisiera poder persuadir a todos ustedes, los confines de la tierra, a que se arrepientan y se preparen para comparecer ante el tribunal de Cristo.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 4

✦

1 Y ahora sucedió que en el año trescientos sesenta y tres los nefitas salieron de la tierra de Desolación y subieron con sus ejércitos a luchar contra los lamanitas.

2 Y sucedió que los ejércitos de los nefitas fueron obligados a retroceder de nuevo a la tierra de Desolación. Y mientras aún estaban fatigados, un ejército de los lamanitas con fuerzas renovadas cayó sobre ellos; y libraron una dura batalla, de modo que los lamanitas se apoderaron de la ciudad de Desolación, mataron a muchos de los nefitas y tomaron muchos prisioneros.

3 Y los restantes huyeron y se unieron a los habitantes de la ciudad de Teáncum. Ahora bien, la ciudad de Teáncum se encontraba en las fronteras, junto a la costa del mar; y también estaba cerca de la ciudad de Desolación.

4 Y fue porque los ejércitos de los nefitas subieron contra los lamanitas que comenzaron a ser derrotados; pues, de no haber sido por eso, los lamanitas no habrían podido tener poder sobre ellos.

5 Pero he aquí, los juicios de Dios alcanzarán a los malvados; y por medio de los malvados son castigados los malvados; pues son los malvados quienes incitan los corazones de los hijos de los hombres al derramamiento de sangre.

6 Y sucedió que los lamanitas hicieron preparativos para atacar la ciudad de Teáncum.

7 Y sucedió que en el año trescientos sesenta y cuatro los lamanitas atacaron la ciudad de Teáncum para apoderarse también de ella.

8 Y sucedió que fueron rechazados y obligados a retroceder por los nefitas. Y cuando los nefitas vieron que habían hecho retroceder a los lamanitas, volvieron a jactarse de su propia fuerza; y salieron confiando en su propio poder y se apoderaron de nuevo de la ciudad de Desolación.

9 Y ahora todas estas cosas habían sucedido, y habían muerto miles de ambos bandos, tanto de los nefitas como de los lamanitas.

10 Y sucedió que había pasado el año trescientos sesenta y seis, y los lamanitas volvieron a atacar a los nefitas para luchar; y aun así los nefitas no se arrepintieron del mal que habían hecho, sino que persistieron continuamente en su maldad.

11 Y es imposible que la lengua describa, o que el hombre escriba una descripción completa de la horrible escena de sangre y matanza que había entre el pueblo, tanto entre los nefitas como entre los lamanitas; y todo corazón estaba endurecido, de modo que continuamente se deleitaban en el derramamiento de sangre.

12 Y nunca había habido tanta maldad entre todos los hijos de Lehi, ni siquiera entre toda la casa de Israel, según las palabras del Señor, como la que había entre este pueblo.

13 Y sucedió que los lamanitas se apoderaron de la ciudad de Desolación, y esto porque su número superaba al de los nefitas.

14 Y también avanzaron contra la ciudad de Teáncum, expulsaron de ella a sus habitantes, tomaron muchos prisioneros, tanto mujeres como niños, y los ofrecieron en sacrificio a sus dioses ídolos.

15 Y sucedió que en el año trescientos sesenta y siete los nefitas, enfurecidos porque los lamanitas habían sacrificado a sus mujeres y a sus hijos, fueron contra los lamanitas con una ira sumamente grande, de modo que volvieron a derrotarlos y los expulsaron de sus tierras.

16 Y los lamanitas no volvieron a atacar a los nefitas hasta el año trescientos setenta y cinco.

17 Y en ese año bajaron contra los nefitas con todas sus fuerzas; y no fueron contados debido a lo grande que era su número.

18 Y desde ese momento en adelante los nefitas no lograron imponerse a los lamanitas, sino que comenzaron a ser barridos por ellos como el rocío ante el sol.

19 Y sucedió que los lamanitas bajaron contra la ciudad de Desolación; y se libró una batalla sumamente dura en la tierra de Desolación, en la que derrotaron a los nefitas.

20 Y estos volvieron a huir de ellos y llegaron a la ciudad de Boaz; y allí resistieron a los lamanitas con enorme valor, de modo que los lamanitas no los derrotaron hasta que volvieron por segunda vez.

21 Y cuando vinieron por segunda vez, los nefitas fueron obligados a retroceder y masacrados en una matanza sumamente grande; sus mujeres y sus hijos fueron sacrificados de nuevo a los ídolos.

22 Y sucedió que los nefitas volvieron a huir de ellos, llevándose consigo a todos los habitantes, tanto de los pueblos como de las aldeas.

23 Y ahora yo, Mormón, viendo que los lamanitas estaban a punto de arrasar la tierra, fui al cerro de Shim y recogí todos los registros que Ammarón había escondido para el Señor.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 5

✦

1 Y sucedió que salí entre los nefitas y me arrepentí del juramento que había hecho de no ayudarlos más; y me dieron de nuevo el mando de sus ejércitos, pues me consideraban capaz de librarlos de sus aflicciones.

2 Pero he aquí, yo no tenía esperanza, porque conocía los juicios del Señor que vendrían sobre ellos; pues no se arrepentían de sus iniquidades, sino que luchaban por sus vidas sin invocar a aquel Ser que los había creado.

3 Y sucedió que los lamanitas vinieron contra nosotros cuando habíamos huido a la ciudad de Jordán; pero he aquí, fueron rechazados, de modo que no tomaron la ciudad en aquella ocasión.

4 Y sucedió que vinieron de nuevo contra nosotros, y conservamos la ciudad. Y había también otras ciudades que los nefitas conservaban, y estas fortalezas les cerraban el paso para que no pudieran entrar en el territorio que se extendía delante de nosotros y destruir a los habitantes de nuestra tierra.

5 Y sucedió que todas las tierras por las que habíamos pasado, y cuyos habitantes no se habían reunido con nosotros, fueron destruidas por los lamanitas; y sus poblaciones, aldeas y ciudades fueron quemadas con fuego; y así transcurrieron trescientos setenta y nueve años.

6 Y sucedió que en el año trescientos ochenta los lamanitas vinieron de nuevo a combatir contra nosotros, y les hicimos frente con valentía; pero todo fue en vano, pues eran tan numerosos que pisotearon al pueblo de los

nefitas.

7 Y sucedió que volvimos a huir, y aquellos cuya huida fue más rápida que la de los lamanitas escaparon, y aquellos cuya huida no superó la de los lamanitas fueron abatidos y destruidos.

8 Y ahora, he aquí, yo, Mormón, no deseo atormentar las almas de los hombres presentándoles una escena tan espantosa de sangre y matanza como la que se desplegó ante mis ojos; pero yo, sabiendo que estas cosas ciertamente deben darse a conocer, y que todo lo que está oculto debe revelarse desde las azoteas—

9 Y también que el conocimiento de estas cosas debe llegar al resto de este pueblo, y también a los gentiles, de quienes el Señor ha dicho que dispersarían a este pueblo, y que este pueblo sería tenido por nada entre ellos—por eso escribo un breve compendio, sin atreverme a dar una relación completa de las cosas que he visto, a causa del mandamiento que he recibido, y también para que ustedes no sientan un dolor demasiado grande por la maldad de este pueblo.

10 Y ahora, he aquí, digo esto a sus descendientes, y también a los gentiles que se preocupan por la casa de Israel, que comprenden y saben de dónde vienen sus bendiciones.

11 Porque sé que ellos se entristecerán por la calamidad de la casa de Israel; sí, se entristecerán por la destrucción de este pueblo; se entristecerán porque este pueblo no se arrepintió para poder haber sido estrechado en los brazos de Jesús.

12 Ahora bien, estas cosas se escriben para el resto de la casa de Jacob; y se escriben de esta manera porque Dios sabe que la maldad no se las hará llegar; y han de quedar ocultas para el Señor, a fin de que salgan a la luz a su debido tiempo.

13 Y este es el mandamiento que he recibido; y he aquí, saldrán a la luz conforme al mandamiento del Señor, cuando él lo considere oportuno en su sabiduría.

14 Y he aquí, llegarán a los judíos incrédulos; y con este propósito llegarán: para que se convenzan de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente; para que el Padre lleve a cabo, por medio de su más Amado, su gran y eterno propósito de restituir a los judíos, o a toda la casa de Israel, a la tierra de su herencia, que el Señor su Dios les ha dado, para cumplir su convenio;

15 Y también para que los descendientes de este pueblo crean más plenamente en su evangelio, que les llegará de los gentiles; porque este pueblo será dispersado y se convertirá en un pueblo oscuro, inmundo y repugnante, más allá de toda descripción de lo que jamás haya habido entre nosotros, sí, aun de lo que haya habido entre los lamanitas, y esto a causa de su incredulidad e idolatría.

16 Porque he aquí, el Espíritu del Señor ya ha dejado de luchar con sus padres; y están sin Cristo y sin Dios en el mundo; y son llevados de un lado a otro como paja ante el viento.

17 En otro tiempo eran un pueblo agradable y tenían a Cristo por pastor; sí, eran guiados por Dios el Padre mismo.

18 Pero ahora, he aquí, son llevados de un lado a otro por Satanás, como la paja es arrastrada por el viento, o como una embarcación es sacudida sobre las olas, sin vela ni ancla, ni nada con qué dirigirla; y tal como está ella, así están ellos.

19 Y he aquí, el Señor ha reservado las bendiciones que ellos podrían haber recibido en la tierra para los gentiles que poseerán la tierra.

20 Pero he aquí, sucederá que serán expulsados y dispersados por los gentiles; y después de haber sido expulsados y dispersados por los gentiles, he aquí, entonces el Señor recordará el convenio que hizo con Abraham y con toda la casa de Israel.

21 Y también el Señor recordará las oraciones de los justos, que han sido elevadas a él en favor de ellos.

22 Y entonces, oh gentiles, ¿cómo podrán mantenerse en pie ante el poder de Dios, a menos que se arrepientan y se aparten de sus malos caminos?

23 ¿No saben que están en las manos de Dios? ¿No saben que él tiene todo poder, y que a su gran mandato la tierra se enrollará como un pergamino?

24 Por lo tanto, arrepiéntanse y humíllense ante él, no sea que salga en justicia contra ustedes; no sea que un resto de los descendientes de Jacob salga entre ustedes como un león, y los despedace, y no haya nadie que los libre.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 6

✦

1 Y ahora termino mi registro acerca de la destrucción de mi pueblo, los nefitas. Y sucedió que marchamos por delante de los lamanitas.

2 Y yo, Mormón, escribí una carta al rey de los lamanitas y le pedí que nos permitiera reunir a nuestro pueblo en la tierra de Cumorah, junto a una colina llamada Cumorah, y allí podríamos presentarles batalla.

3 Y sucedió que el rey de los lamanitas me concedió lo que le había pedido.

4 Y sucedió que marchamos a la tierra de Cumorah y levantamos nuestras tiendas alrededor de la colina de Cumorah; y estaba en una tierra de muchas aguas, ríos y manantiales; y aquí teníamos la esperanza de obtener ventaja sobre los lamanitas.

5 Y cuando habían transcurrido trescientos ochenta y cuatro años, habíamos reunido a todo el resto de nuestro pueblo en la tierra de Cumorah.

6 Y sucedió que cuando habíamos reunido a todo nuestro pueblo en la tierra de Cumorah, he aquí, yo, Mormón, comenzaba a envejecer; y sabiendo que esta sería la última lucha de mi pueblo, y habiendo recibido del Señor el mandamiento de no permitir que los registros transmitidos por nuestros padres, que eran sagrados, cayeran en manos de los lamanitas (pues los lamanitas los destruirían), hice este registro a partir de las planchas de Nefi, y oculté en la colina de Cumorah todos los registros que me habían sido confiados por la mano del Señor, salvo estas pocas planchas que entregué a mi hijo Moroni.

7 Y sucedió que mi pueblo, con sus esposas y sus hijos, vio entonces a los ejércitos de los lamanitas marchar hacia ellos; y con ese terrible temor a la muerte que llena el pecho de todos los malvados, esperaron para recibirlos.

8 Y sucedió que vinieron a combatir contra nosotros, y toda alma se llenó de terror por lo numerosos que eran.

9 Y sucedió que se lanzaron sobre mi pueblo con la espada, con el arco, con la flecha, con el hacha y con toda clase de armas de guerra.

10 Y sucedió que mis hombres fueron abatidos, sí, los diez mil que estaban conmigo, y yo caí herido en medio de ellos; y pasaron junto a mí sin poner fin a mi vida.

11 Y cuando hubieron pasado y abatido a todo mi pueblo, salvo veinticuatro de nosotros (entre quienes estaba mi hijo Moroni), nosotros, que habíamos sobrevivido a los muertos de nuestro pueblo, contemplamos al día siguiente, cuando los lamanitas habían regresado a sus campamentos, desde la cima de la colina de Cumorah, a los diez mil de mi pueblo que habían sido abatidos, a quienes yo había guiado al frente.

12 Y también contemplamos a los diez mil de mi pueblo que habían sido guiados por mi hijo Moroni.

13 Y he aquí, los diez mil de Gidgiddona habían caído, y él también en medio de ellos.

14 Y Lamah había caído con sus diez mil; y Gilgal había caído con sus diez mil; y Limhah había caído con sus diez mil; y Jeneum había caído con sus diez mil; y Cumeníah, Moroníah, Antiónum, Shiblom, Sem y Josh habían caído, cada uno con sus diez mil.

15 Y sucedió que hubo diez más que cayeron por la espada, cada uno con sus diez mil; sí, todo mi pueblo había caído, salvo aquellos veinticuatro que estaban conmigo, y también unos pocos que habían escapado a las tierras del sur, y unos pocos que habían desertado y se habían pasado a los lamanitas; y su carne, sus huesos y su sangre yacían sobre la faz de la tierra, abandonados por las manos de quienes los mataron para que se pudrieran sobre la tierra, se deshicieran y volvieran a su madre tierra.

16 Y mi alma se desgarró de angustia por los muertos de mi pueblo, y clamé:

17 ¡Oh, hermosos seres, cómo pudieron apartarse de los caminos del Señor! ¡Oh, hermosos seres, cómo pudieron rechazar a ese Jesús que estaba con los brazos abiertos para recibirlos!

18 He aquí, si no hubieran hecho esto, no habrían caído. Pero he aquí, han caído, y lloro su pérdida.

19 ¡Oh, hermosos hijos e hijas, ustedes, padres y madres, esposos y esposas, hermosos seres, cómo es posible que hayan caído!

20 Pero he aquí, se han ido, y mis pesares no pueden hacerlos volver.

21 Y pronto llegará el día en que lo mortal de ustedes deberá revestirse de inmortalidad, y estos cuerpos que ahora se pudren en la corrupción pronto deberán convertirse en cuerpos incorruptibles; y entonces deberán comparecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados según sus obras; y si son justos, entonces serán bendecidos con sus padres que los han precedido.

22 Oh, si se hubieran arrepentido antes de que esta gran destrucción viniera sobre ustedes. Pero he aquí, se han ido, y el Padre, sí, el Padre Eterno del cielo, conoce su estado; y obra con ustedes conforme a su justicia y misericordia.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 7

✦

1 Y ahora, he aquí, quisiera decir algo al resto de este pueblo que ha sobrevivido, si es que Dios les concede recibir mis palabras, para que conozcan las cosas de sus padres; sí, les hablo a ustedes, resto de la casa de Israel; y estas son las palabras que les digo:

2 Sepan que ustedes son de la casa de Israel.

3 Sepan que deben arrepentirse, o no podrán ser salvos.

4 Sepan que deben deponer sus armas de guerra y no deleitarse más en el derramamiento de sangre, ni volver a tomarlas, a menos que Dios se lo mande.

5 Sepan que deben llegar al conocimiento de sus padres, arrepentirse de todos sus pecados e iniquidades y creer en Jesucristo, que es el Hijo de Dios, que fue muerto por los judíos y que por el poder del Padre ha resucitado, con lo cual ha obtenido la victoria sobre el sepulcro; y también en él queda anulado el aguijón de la muerte.

6 Y él lleva a cabo la resurrección de los muertos, por la cual el ser humano ha de ser levantado para comparecer ante su tribunal.

7 Y él ha llevado a cabo la redención del mundo, por la cual a quien sea hallado sin culpa ante él en el día del juicio se le concede morar en la presencia de Dios en su reino, para cantar alabanzas sin cesar con los coros de lo alto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que son un solo Dios, en un estado de felicidad que no tiene fin.

8 Por lo tanto, arrepiéntanse y sean bautizados en el nombre de Jesús, y aférrense al evangelio de Cristo, que les será presentado, no solo en este registro, sino también en el registro que llegará a los gentiles de parte de los judíos, el cual llegará de los gentiles a ustedes.

9 Pues he aquí, esto se escribe con la intención de que crean en aquel; y si creen en aquel, creerán también en este; y si creen en este, sabrán acerca de sus padres y también de las obras maravillosas que se realizaron entre ellos por el poder de Dios.

10 Y también sabrán que son un resto de la descendencia de Jacob; por lo tanto, se cuentan entre el pueblo del primer convenio; y si creen en Cristo y son bautizados, primero con agua, luego con fuego y con el Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador, de acuerdo con lo que él nos ha mandado, les irá bien en el día del juicio. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 8

✦

1 He aquí, yo, Moroni, termino el registro de mi padre, Mormón. He aquí, solo tengo unas pocas cosas que escribir, las cuales mi padre me ha mandado escribir.

2 Y sucedió que, después de la gran y tremenda batalla en Cumorah, los nefitas que habían escapado a la región del sur fueron perseguidos por los lamanitas hasta que todos fueron destruidos.

3 Y mi padre también fue muerto por ellos, y he quedado solo para escribir el triste relato de la destrucción de mi pueblo. Pero he aquí, ellos se han ido, y yo cumplo el mandato de mi padre. Y no sé si me matarán.

4 Por consiguiente, escribiré y esconderé los registros en la tierra; y adonde vaya no importa.

5 He aquí, mi padre ha hecho este registro y ha escrito su propósito. Y he aquí, yo también lo escribiría si tuviera espacio en las planchas, pero no lo tengo; y no tengo mineral, porque estoy solo. Mi padre ha muerto en batalla, y todos mis parientes también, y no tengo amigos ni adonde ir; y no sé cuánto tiempo permitirá el Señor que viva.

6 He aquí, han pasado cuatrocientos años desde la venida de nuestro Señor y Salvador.

7 Y he aquí, los lamanitas han perseguido a mi pueblo, los nefitas, de ciudad en ciudad y de lugar en lugar, hasta que ya no existen; y grande ha sido su caída; sí, grande y asombrosa es la destrucción de mi pueblo, los nefitas.

8 Y he aquí, es la mano del Señor la que lo ha hecho. Y he aquí también, los lamanitas están en guerra unos con otros; y toda la faz de esta tierra es una sucesión continua de asesinatos y derramamiento de sangre; y nadie sabe cuándo terminará la guerra.

9 Y ahora, he aquí, no digo más acerca de ellos, porque no hay nadie sobre la faz de esta tierra salvo los lamanitas y los ladrones.

10 Y no hay nadie que conozca al Dios verdadero, salvo los discípulos de Jesús, quienes permanecieron en esta tierra hasta que la maldad del pueblo fue tan grande que el Señor no les permitió seguir entre el pueblo; y nadie sabe si están sobre la faz de esta tierra.

11 Pero he aquí, mi padre y yo los hemos visto, y ellos nos han ministrado.

12 Y quien reciba este registro y no lo condene por las imperfecciones que contiene conocerá cosas mayores que estas. He aquí, soy Moroni; y si fuera posible, les daría a conocer todas las cosas.

13 He aquí, termino de hablar acerca de este pueblo. Soy hijo de Mormón, y mi padre era descendiente de Nefi.

14 Y soy el mismo que esconde este registro para el Señor; sus planchas no tienen valor, debido al mandato del Señor. Porque él verdaderamente dice que nadie las tendrá para obtener ganancias; pero el registro que contienen es de gran valor; y a quien lo saque a la luz, el Señor lo bendecirá.

15 Porque nadie puede tener poder para sacarlo a la luz a menos que Dios se lo conceda; pues Dios quiere que se haga con la mirada puesta únicamente en su gloria, o en el bienestar del antiguo pueblo del convenio del Señor, disperso desde hace tanto tiempo.

16 Y bendito sea quien saque esto a la luz; porque será sacado de la oscuridad a la luz, según la palabra de Dios; sí, será sacado de la tierra, brillará desde la oscuridad y llegará al conocimiento del pueblo; y se hará por el poder de Dios.

17 Y si hay errores, son errores de un hombre. Pero he aquí, no conocemos ningún error; no obstante, Dios sabe todas las cosas; por lo tanto, quien condene, tenga cuidado de no ponerse en peligro del fuego del infierno.

18 Y quien diga: Muéstrenmelo, o serán heridos, tenga cuidado de no exigir lo que el Señor ha prohibido.

19 Porque he aquí, quien juzgue precipitadamente será a su vez juzgado precipitadamente; pues según sus obras será su recompensa; por consiguiente, quien hiera será a su vez herido por el Señor.

20 He aquí lo que dice la Escritura: El ser humano no debe herir ni juzgar; porque el juicio es mío, dice el Señor, y la venganza también es mía, y yo daré el pago.

21 Y quien exhale ira y discordias contra la obra del Señor y contra el pueblo del convenio del Señor, que es la casa de Israel, y diga: Destruiremos la obra del Señor, y el Señor no recordará el convenio que ha hecho con la casa de Israel, corre el peligro de ser talado y arrojado al fuego;

22 Porque los propósitos eternos del Señor seguirán adelante hasta que todas sus promesas se cumplan.

23 Escudriñen las profecías de Isaías. He aquí, no puedo escribirlas. Sí, he aquí, les digo que aquellos santos que me precedieron, que poseyeron esta tierra, clamarán; sí, aun desde el polvo clamarán al Señor; y tan cierto como

que el Señor vive, él recordará el convenio que ha hecho con ellos.

24 Y él conoce sus oraciones, que fueron a favor de sus hermanos. Y conoce su fe, porque en su nombre podían mover montañas; y en su nombre podían hacer temblar la tierra; y por el poder de su palabra hicieron que las prisiones se derrumbaran; sí, ni siquiera el horno de fuego podía hacerles daño, ni las fieras ni las serpientes venenosas, debido al poder de su palabra.

25 Y he aquí, sus oraciones también fueron a favor de aquel a quien el Señor permitiría sacar estas cosas a la luz.

26 Y nadie tiene por qué decir que no vendrán, porque ciertamente vendrán, pues el Señor lo ha dicho; porque de la tierra saldrán por la mano del Señor, y nadie puede impedirlo; y esto llegará en un día en que se dirá que los milagros han cesado; y llegará como si alguien hablara desde los muertos.

27 Y llegará en un día en que la sangre de los santos clamará al Señor a causa de las conspiraciones secretas y las obras de la oscuridad.

28 Sí, llegará en un día en que se negará el poder de Dios, y las iglesias se corromperán y se enaltecerán en el orgullo de sus corazones; sí, en un día en que los dirigentes de las iglesias y los maestros se alzarán en el orgullo de sus corazones, hasta el punto de envidiar a quienes pertenecen a sus iglesias.

29 Sí, llegará en un día en que se oirá hablar de incendios, tempestades y vapores de humo en tierras extranjeras;

30 Y también se oirá hablar de guerras, rumores de guerras y terremotos en diversos lugares.

31 Sí, llegará en un día en que habrá gran corrupción sobre la faz de la tierra; habrá asesinatos, robos, mentiras, engaños, prostitución y toda clase de abominaciones; cuando habrá muchos que dirán: Haz esto o haz aquello, y no importa, porque el Señor sostendrá a quienes así obren en el último día. Pero ay de ellos, porque están en la hiel de la amargura y en las ataduras de la iniquidad.

32 Sí, llegará en un día en que se habrán establecido iglesias que dirán: Ven a mí, y por tu dinero te serán perdonados tus pecados.

33 Oh pueblo malvado, perverso y obstinado, ¿por qué han establecido iglesias para ustedes mismos con el fin de obtener ganancias? ¿Por qué han alterado la santa palabra de Dios para traer condenación sobre sus almas? He aquí, miren las revelaciones de Dios; porque he aquí, se acerca el tiempo, aquel día en que todas estas cosas deberán cumplirse.

34 He aquí, el Señor me ha mostrado cosas grandes y maravillosas acerca de lo que pronto ha de venir, en aquel día en que estas cosas salgan a la luz entre ustedes.

35 He aquí, les hablo como si estuvieran presentes, aunque no lo están. Pero he aquí, Jesucristo me los ha mostrado, y conozco sus obras.

36 Y sé que caminan en el orgullo de sus corazones; y no hay más que unos pocos que no se enaltecen en el orgullo de sus corazones, hasta el punto de vestir ropas muy finas, entregarse a envidias, discordias, malicia, persecuciones y toda clase de iniquidades; y sus iglesias, sí, todas y cada una, se han corrompido por el orgullo de sus corazones.

37 Porque he aquí, aman el dinero, sus bienes, sus ropas finas y el adorno de sus iglesias más de lo que aman a los pobres y a los necesitados, a los enfermos y a los afligidos.

38 Oh corruptos, hipócritas, maestros que se venden por lo que se corroe, ¿por qué han corrompido la santa iglesia de Dios? ¿Por qué les avergüenza tomar sobre ustedes el nombre de Cristo? ¿Por qué, a causa de las alabanzas del mundo, no consideran que una felicidad sin fin tiene mayor valor que esa miseria que nunca muere?

39 ¿Por qué se adornan con lo que no tiene vida y, no obstante, dejan que los hambrientos, los necesitados, los desnudos, los enfermos y los afligidos pasen junto a ustedes sin prestarles atención?

40 Sí, ¿por qué establecen sus abominaciones secretas para obtener ganancias y hacen que las viudas se lamenten ante el Señor, y también que los huérfanos se lamenten ante el Señor, y que la sangre de sus padres y sus maridos clame al Señor desde la tierra, pidiendo venganza sobre sus cabezas?

41 He aquí, la espada de la venganza pende sobre ustedes; y pronto llegará el tiempo en que él vengará en ustedes la sangre de los santos, porque no tolerará sus clamores por más tiempo.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 9

✦

1 Y ahora, hablo también acerca de los que no creen en Cristo.

2 Miren, ¿creerán en el día de su visitación? Miren, cuando venga el Señor, sí, en ese gran día en que la tierra se enrolle como un pergamino y los elementos se derritan con un calor intenso, sí, en ese gran día en que sean llevados a comparecer ante el Cordero de Dios, ¿dirán entonces que no hay Dios?

3 ¿Seguirán entonces negando a Cristo, o podrán contemplar al Cordero de Dios? ¿Suponen que vivirán con él siendo conscientes de su culpa? ¿Suponen que podrían ser felices viviendo con ese Ser santo, cuando sus almas estén atormentadas por la conciencia de la culpa de haber transgredido sus leyes?

4 Miren, les digo que serían más desdichados viviendo con un Dios santo y justo, conscientes de su impureza ante él, que viviendo con las almas condenadas en el infierno.

5 Porque, miren, cuando sean llevados a ver su desnudez ante Dios, y también la gloria de Dios y la santidad de Jesucristo, esto encenderá sobre ustedes una llama de fuego inextinguible.

6 Oh, entonces, ustedes que no creen, vuélvanse al Señor; clamen con todas sus fuerzas al Padre en el nombre de Jesús, para que quizás sean hallados sin mancha, puros, hermosos y blancos, tras haber sido limpiados por la sangre del Cordero, en ese gran y último día.

7 Y de nuevo les hablo a ustedes, que niegan las revelaciones de Dios y dicen que han sido suprimidas, que no hay revelaciones, ni profecías, ni dones, ni sanación, ni hablar en lenguas, ni interpretación de lenguas;

8 Miren, les digo que quien niega estas cosas no conoce el evangelio de Cristo; sí, no ha leído las Escrituras; y si las ha leído, no las entiende.

9 Porque ¿no leemos que Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre, y que en él no hay variación ni sombra de cambio?

10 Y ahora, si se han imaginado un dios que varía y en quien hay sombra de cambio, entonces se han imaginado un dios que no es un Dios de milagros.

11 Pero miren, les mostraré un Dios de milagros, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; y es ese mismo Dios quien creó los cielos y la tierra, y todas las cosas que hay en ellos.

12 Miren, él creó a Adán, y por Adán vino la caída del ser humano. Y a causa de la caída del ser humano vino Jesucristo, el Padre y el Hijo; y por Jesucristo vino la redención del ser humano.

13 Y a causa de la redención del ser humano, que vino por Jesucristo, son llevados de vuelta a la presencia del Señor; sí, en esto son redimidos todos los seres humanos, porque la muerte de Cristo hace posible la resurrección, que hace posible la redención de un sueño sin fin, del cual todos los seres humanos serán despertados por el poder de Dios cuando suene la trompeta; y saldrán, tanto pequeños como grandes, y todos comparecerán ante su tribunal, redimidos y liberados de esta atadura eterna de la muerte, la cual es una muerte temporal.

14 Y entonces vendrá sobre ellos el juicio del Santo; y entonces llegará el tiempo en que quien sea impuro seguirá siendo impuro; y quien sea justo seguirá siendo justo; quien sea feliz seguirá siendo feliz; y quien sea desdichado seguirá siendo desdichado.

15 Y ahora, oh, todos ustedes que se han imaginado un dios que no puede hacer milagros, les pregunto: ¿han sucedido todas estas cosas de las que he hablado? ¿Ha llegado ya el fin? Miren, les digo que no; y Dios no ha dejado de ser un Dios de milagros.

16 Miren, ¿no son maravillosas a nuestros ojos las cosas que Dios ha hecho? Sí, ¿y quién puede comprender las obras maravillosas de Dios?

17 ¿Quién dirá que no fue un milagro que por su palabra llegaran a existir el cielo y la tierra, que por el poder de su palabra el ser humano fuera creado del polvo de la tierra y que por el poder de su palabra se hayan realizado milagros?

18 ¿Y quién dirá que Jesucristo no hizo muchos milagros poderosos? Y por las manos de los apóstoles se realizaron muchos milagros poderosos.

19 Y si entonces se realizaron milagros, ¿cómo ha dejado Dios de ser un Dios de milagros y sigue siendo un Ser inmutable? Y miren, les digo que él no cambia; si lo hiciera, dejaría de ser Dios; y él no deja de ser Dios, y es un Dios de milagros.

20 Y la razón por la que deja de hacer milagros entre los hijos de los hombres es que ellos se hunden en la incredulidad, se apartan del camino recto y no conocen al Dios en quien deberían confiar.

21 Miren, les digo que a quien crea en Cristo, sin dudar de nada, le será concedido todo lo que pida al Padre en el nombre de Cristo; y esta promesa es para todos, hasta los confines de la tierra.

22 Porque, miren, así dijo Jesucristo, el Hijo de Dios, a sus discípulos que habrían de permanecer, sí, y también a todos sus discípulos, ante la multitud que escuchaba: Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda criatura;

23 Y quien crea y sea bautizado será salvo, pero quien no crea será condenado;

24 Y estas señales acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán en nuevas lenguas; tomarán serpientes; y si beben algo mortífero, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y estos sanarán;

25 Y a quien crea en mi nombre, sin dudar de nada, le confirmaré todas mis palabras, hasta los confines de la tierra.

26 Y ahora, miren, ¿quién puede oponerse a las obras del Señor? ¿Quién puede negar sus palabras? ¿Quién se levantará contra el poder omnipotente del Señor? ¿Quién despreciará las obras del Señor? ¿Quién despreciará a los hijos de Cristo? Miren, todos ustedes que desprecian las obras del Señor, porque se asombrarán y perecerán.

27 Oh, entonces, no desprecien ni se asombren, sino escuchen las palabras del Señor y pidan al Padre en el nombre de Jesús cualquier cosa que necesiten. No duden, sino crean, y comiencen como en los tiempos antiguos, y acérquense al Señor con todo su corazón, y obren para alcanzar su propia salvación con temor y temblor ante él.

28 Sean sabios en los días de su prueba; despójense de toda impureza; no pidan para gastar lo recibido en sus deseos desordenados, sino pidan con una firmeza inquebrantable que no cedan a ninguna tentación, sino que sirvan al Dios verdadero y viviente.

29 Asegúrense de no ser bautizados indignamente; asegúrense de no participar indignamente del sacramento de Cristo; más bien, asegúrense de hacer todas las cosas dignamente, y háganlo en el nombre de Jesucristo, el Hijo del Dios viviente; y si hacen esto y perseveran hasta el fin, de ningún modo serán expulsados.

30 Miren, les hablo como si hablara desde entre los muertos; porque sé que tendrán mis palabras.

31 No me condenen por mi imperfección, ni a mi padre por su imperfección, ni a quienes escribieron antes que él; más bien, den gracias a Dios porque les ha manifestado nuestras imperfecciones, para que aprendan a ser más sabios de lo que hemos sido nosotros.

32 Y ahora, miren, hemos escrito este registro según nuestro conocimiento, con los caracteres que entre nosotros se llaman egipcio reformado, los cuales han sido transmitidos y modificados por nosotros según nuestra manera de hablar.

33 Y si nuestras planchas hubieran sido lo suficientemente grandes, habríamos escrito en hebreo; pero también hemos modificado el hebreo; y si hubiéramos podido escribir en hebreo, miren, no habrían tenido ninguna imperfección en nuestro registro.

34 Pero el Señor conoce las cosas que hemos escrito, y también sabe que ningún otro pueblo conoce nuestra lengua; y como ningún otro pueblo conoce nuestra lengua, él ha preparado medios para su interpretación.

35 Y estas cosas están escritas para que podamos librar nuestras vestiduras de la sangre de nuestros hermanos, que se han hundido en la incredulidad.

36 Y miren, estas cosas que hemos deseado para nuestros hermanos, sí, que vuelvan al conocimiento de Cristo, concuerdan con las oraciones de todos los santos que han habitado en la tierra.

37 Y que el Señor Jesucristo conceda que sus oraciones sean contestadas según su fe; y que Dios el Padre recuerde el convenio que ha hecho con la casa de Israel; y que los bendiga para siempre, mediante la fe en el nombre de Jesucristo. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0